

EL CHIQUITO DE EIBAR

(INDALECIO SARASQUETA)

Este pelotari, muerto recientemente, era la mayor y más legítima gloria del *sport* basco.

El Chiquito de Eibar—escribía nuestro malogrado Peña y Goñi—apareció en los frontones hace diez y seis años, cuando Manuel Lecuona, el célebre *Urchalle*, estaba en decadencia, y Laba, el famoso cura de Marquina, cobraba el barato como jugador á mano sin rival.

Brillaba entonces un palista invencible, Biñimodu, y era rey del guante el Chiquito de Azpeitia, mientras se distinguía entre todos Arando, con el guante, la pala y á mano, en el blé.

Al lado de estos jugadores hacíanse notar entre otros más ó menos diestros: los hermanos Pello, Merlaet, Quirru y Mariñela, Ichaso y Ubernaga el estudiante, Basterra, Facundo, los hermanos Motrico, y algunos más.

Eran muchos y la habilidad se hallaba repartida; el blé vencía ya al largo y al rebote, y las solemnidades pelotísticas, aquellas grandiosas juntas, cuyas postrimerías había hecho memorables Manuel Lecuona, *Urchalle*, el coloso de Oyarzun, iban perdiendo su carácter y hacían presentir un período de transformación en el *sport* bascongado.

Era preciso que un hombre dotado de extraordinarias facultades, que un verdadero genio del pelotarismo aprovechara los recursos del antiguo juego y crease los nuevos recursos que exigía la lucha en el moderno frontón.

Ese hombre fué Indalecio Sarasqueta, que apareció de repente, como una revelación, venciendo en Eibar, el 26 de Julio de 1876, al

cura Laba, de Marquina, y proclamado *ipso facto* el primero entre todos á los diez y seis años de edad.

Había nacido en Durango, el 22 de Mayo de 1860, y á los doce años era el encanto de los eibarreses, que le llamaban el *Chiquito* por su corta estatura, su figura elegantísima y su delicada complexión.

Pidió y obtuvo el cura Laba el desquite en Bilbao, y, en la última quincena de Agosto, volvióse á jugar aquel partido, al que yo asistí, partido brutal, á mano limpia, lucha feroz en la cual los contendientes arrojábanse al suelo, después de tantos muy reñidos, y quedaban allí, tendidos boca arriba, jadeantes, medio ahogados, con las manos derechas hinchadas, sobre las cuales se ponían de pié dos hombres apretando con todas sus fuerzas hasta que las manos volvían á su estado natural.

Ganó también El Chiquito, y desde aquel momento convirtióse en barredera de jugadores, arrollando á todos, en virtud de una habilidad incomparable, de una inteligencia suprema, de una maestría sin igual.

Vencido á mano el cura de Marquina, El Chiquito de Eibar midió en 1877 sus fuerzas con Biñimodu, á pala, en Durango, jugando contra él con Facundo, con pelota de á libra, y ganó también al invencible.

Venció á Laba, á Catúa, á Biñimodu, á Carricaluše, á Mendaro, al panadero Santi, de Lequeitio, á Urchalle, al Molinero de Pamplona, á Félix, á Lizurume, á San Juan, á franceses, nabarros, guipuzcoanos y bizcainos; desfloró la cesta, importada de la región basco francesa hácia 1858; creó con ella todos los atractivos del juego moderno, dando á éste la importancia que alcanzó bajo el reinado del incomparable pelotari, y preludiando al pasmoso desarrollo que adquirió enseguida y lo ha traído triunfante á Madrid.

Al Chiquito de Eibar se debe asimismo el entronizamiento del pelotarismo moderno en la República Argentina.

Cuando marchó á Buenos Aires á fines de 1884, encontróse allí con un jugador indígena, hijo de bascongados, el famoso Paysandú, que no conocía rival á guante y gozaba de popularidad inmensa, no sólo por sus dotes de pelotari, sino por las excelentes condiciones de su carácter franco, noble y leal.

Desafió Paysandú al Chiquito á jugar un partido á 80 tantos, imponiendo como instrumento el guante cuadrado, y pelotas de «traer y traer» lo cual quiere decir, que cada jugador traía la pelota que le

conviniere, y podía jugar con ella ó la de su compañero, á libre elección.

Paysandú era, además de gran pelotari, diestrisimo en el oficio de construir pelotas con piel de perro, duras, vivas y resistentes, y manejaba el guante cuadrado con una maestría que no había admitido nunca rival.

La aceptación inmediata del desafío por parte del Chiquito de Eibar, fué un verdadero acontecimiento y constituyó el tema obligado de comentarios y conversaciones en toda la región.

Paysandú verificó antes del partido un ensayo, al cual citó á varios jugadores bascongados, los más forzudos y listos que había entonces en Buenos Aires.

Llevó su pelota é hizo que los jugadores citados trataran de restarle, uno tras otro, los saques que hacía Paysandú.

Ninguno pudo conseguirlo. El Chiquito sacó de un modo inimitable, de un modo que hacía inútil toda defensa, y llegó á los 80 tantos entre las delirantes aclamaciones del público, cuando su contrincante quedaba en la mitad.

Cuando volvió de Buenos Aires el Chiquito, en 1886, hallábase ya cansado, y la poca observancia de las reglas de la higiene y su naturaleza, que no fué excesivamente fuerte jamás, le habían debilitado én extremo, después de un pelear continuo, durante diez años, sin dar paz al brazo ni reposo á las piernas.

El Manco le venció en San Sebastian en el frontón de Atocha, donde jugó mano á mano, á cesta, contra el Chiquito, el 19 de Agosto de 1886; pero el vencido salió con honra del campo de batalla y costó al adversario grandes esfuerzos conseguir el triunfo.

Dos meses después midió Indalecio sus fuerzas con Vicente Elice-gui en Durango, el 17 de Octubre, y esta vez el *Grande* de Rentería pudo fácilmente con el Chiquito de Eibar.

Este se encontraba ya rendido, y su habilidad prodigiosa no obedecía como antaño al poder natural, mientras sus contendientes llegaban frescos, exuberantes de vida, en la plenitud de la fuerza y del vigor, diestros en el manejo de la cesta, del arma que él había desflorado en el juego á blé, llevándola al máximo grado de perfección.

Luchó todavía y vímosle siempre en determinados momentos, lucir su maestría sin rival, pero, roto el equilibrio de sus facultades, comprendió que había llegado el momento de rendir el viaje, y volvió á Buenos

Aires donde ejerció las funciones de Intendente en el Frontón Nacional.

Esa es la historia de Indalecio Sarasqueta, del imponderable Chiquito de Eibar, diez años de pelotarismo, síntesis de la etapa más admirable, más increíble que registra en sus anales la historia de la pelota.

Descanse en paz!